

VII (I)

La casa vieja

siempre y nunca

Las lámparas de aceite me calentaban con sus colores cálidos. En la oscuridad de la noche, en el frío del invierno. Acogedora, era lo suficientemente grande para todos. Observaba, con curiosidad, esos modos de hacer tan impresos en el tiempo, tan típicos de esta tierra donde arraigo mis fundamentos.

Hombres y mujeres sencillos, con sus rituales seculares, giran a mi alrededor y luego permanecen dentro de mí. Con el amanecer, mis ladrillos rojos cobraban vida, y yo brillaba con la luz del día, orgullosa de mi ser.

Quién sabe cuándo fui construida, yo ni siquiera me di cuenta. Pero lo que puedo decir sobre quienes habitan las casas es para mí sinónimo de un apellido, Manetti, y un apodo, los *Sért*, los *Sastres*.

Son ellos quienes me han otorgado alegrías y penas, y yo siempre los he acogido aquí, como una dulce madre que no puede más que amar a sus hijos.

Lo que podría decirles es que mi número cívico estaba atado con papel y tinta al nombre del señor al que llamaban Tugnì, pero si debo decirles que lo conocí, mentiría.

El que trajo en mí la vida verdadera fue el hijo.

Desde aquí, vi la luna danzar sobre el río, en un sueño profético que pronto iba a tomar forma. «Piró», me parece aún escuchar entre mis muros. ¿Alguna vez han pronunciado su nombre y reflexionado sobre el efecto que les causa? Pues bien, yo, que no tengo nombre, siento esta sensación cada vez que estas personas se llaman entre sí. Él, en particular, permaneció dentro de mí.

Aquí trajo a su amada esposa Livia, y a esos niños que nacieron en otros lugares, pero que

acogí como si hubieran llegado al mundo entre mis habitaciones.

Luego nacieron otros, y yo me encontré llena de ellos, madre de tantas nuevas esperanzas.

Pronto se hizo difícil distinguir entre mi ser y el suyo. Absorbí sus humores, adquirí sus características.

Los vi tomar decisiones justas y cometer los errores más tontos. Los observé crecer, tropezar, levantarse. Al ritmo de la hilandería, de los oficios seculares que habían aprendido de quienes vinieron antes que ellos, escuché historias y fábulas. De escariolantes, y braceros, y galleros, y escaranos, y mercaderes. En los meses fríos y en los meses cálidos.

Las charlas eran la cotidianidad, el juego de historias de este país, que no podía detenerse.

Iban y venían jóvenes admiradores de mis hijas más bellas, listos para llevárselas y robarme un poco de su energía.

Esperanzadas, volaban hacia cada brillante fuente, como polillas sedientas de futuro.

Sus voces, una vez jóvenes y resonantes, se volvían cada vez más maduras, signo de los tiempos, del paso de los días.

De las estaciones me convertí cíclicamente en testigo, custodiando a plenitud a mi familia predilecta. Los años pasaban, y las arrugas se formaban en los rostros de aquellos que había acogido en sus juveniles promesas.

Así llegó también para ellos el momento de irse a otro lugar, y no fue nada fácil dejarlos partir. Antiguas oraciones fueron entonadas, resonaban en cada uno de mis rincones.

Crecí ortigas a mi alrededor, entre las grietas de mis piedras, cerca de los establos, hacia los vastos campos. Para defenderme, para defenderlos, en un inútil intento de dominar el tiempo que huye.

Hijos míos, ahora les toca a ustedes. Los niños que acogí en mi seno habían crecido. Hermanos

y hermanas, a veces aliados, a veces hostiles entre sí, y, sin embargo, enamorados de su familia.

Oh, ¡cuántos he visto!

Luego hubo una gran revolución, en un día de principios de verano de hace tantos años. Vi llegar a gentes rojas del país vecino y los vi cometer actos inútilmente vulgares. Protegí a mis queridos, hasta que esa tempestad pasó a otro lugar y pronto se volvió obsoleta.

Y poco después tuve que despedir a mis jóvenes más fuertes y valientes, llamados por la patria a combatir en otros lugares.

¿Por qué, me pregunté?

Cuando llegaba el cartero, intentaba comprender las expresiones de las caras de las jóvenes hermanas y primas, que de alguna manera seguían sosteniendo la pequeña comunidad que albergaba dentro de mí.

Soldados de mi casa, ¿dónde están?

Y mientras en el frente se sucedían vencedores y vencidos, aquí en el pueblo circulaba el gripe hispánico.

Vi desvanecerse los sueños de la joven vestida de blanco. El futuro vino a llamar a mi puerta, y con valentía hubo que mirar hacia adelante.

Los vi unirse, los hijos de mis hijos crecieron rápidamente. Un gran grupo de primos, unidos por un hilo delgado que se llama Manetti. Un apellido que llevan cosido a su ser, que trae consigo las historias de sastres y carroceros de otros tiempos.

Se casaron, y con el tiempo comencé a darme cuenta de que entre mis cuartos el número de pasos disminuía. Cuando soplaba el viento, en los primeros días templados de mayo, me venía a la mente que iba a picar las rosas de los jardines ajenos.

Comencé a mirar hacia otro lado, a buscar por todas partes a mi gente.

Llegaron las tormentas de la historia. Pueblos en
lucha entre sí, invasores e invadidos.

En las noches más oscuras, logré vislumbrar las
estrellas en el cielo, permanecer bien afianzada
con los cimientos en esta tierra, recordando a
mis hijos que yo estuve aquí antes y seguiría aquí
también después. Una promesa que sería
cumplida.

Y mientras mis piedras se corroían con el
tiempo, mis habitantes comenzaban a envejecer.

Los días, las semanas, los meses, los años.

Pocas voces nuevas pasaron bajo mis puertas,
hasta que ya no sentí nada más.

Un giro de llave. El sol ya no filtra por dentro.

De vez en cuando me vienen a visitar, porque
sigo aquí por ellos, porque se los prometí.

Y quizás ya no sea tan bella como antes, pero
quien me conoce sabe bien mi valor.

Soy la caja de los recuerdos, soy un baúl lleno de
memorias. Permaneceré aquí, sé que me
encontraréis.